

2<sup>a</sup>  
edición

# Léxico radiológico conflictivo

Pilar Gallar

Prólogo de Pedro García Barreno



 COVIDIEN

## Prólogo

«Bastante tiempo atrás, un diario madrileño publicaba una entrevista realizada a José Martínez Ruiz —escribe José Manuel Sánchez Ron al inicio de su Discurso de Recepción en la RAE, y que tituló Elogio del Mestizaje—. Por entonces, el inolvidable Azorín era un hombre muy mayor y no podía salir de su casa. Una de las preguntas del periodista que le entrevistaba fue la de a qué dedicaba sus días, cuestión a la que el anciano maestro contestó diciendo que leía el diccionario de la Real Academia Española, palabra por palabra, y meditaba acerca de lo que representaba cada una de ellas. Que un hombre que encaraba irremediablemente el final de sus días, que se encontraba incapacitado, de puro viejo, para casi todo, salvo para pensar y para leer; que un hombre así se sirviese de su cerebro, del pensamiento, y de un diccionario para vivir, para mejor dicho, revivir, es algo hermoso, digno de encomio».

Estamos, de nuevo, ante un diccionario: *Léxico Radiológico Conflictivo*, de Pilar Gallar, amiga. Segunda edición, revisada y muy ampliada, advierte la autora, quién elige a Heidegger para abrir la obra: «La palabra es la casa del saber». Un raudal de saber que vierte Pilar en su pulcra obra. Una obra bien hecha, robusta. «La intención sigue siendo —recoge la Presentación— recoger lo dudoso o cuestionable de palabras y expresiones que forman el léxico radiológico». Pero la obra que tengo entre manos es mucho más; es un tratado pionero en el ámbito de la Medicina que, por derecho propio, ha de ser referencia obligada en la lingüística médica.

Entre las múltiples referencias que han destacado la importancia del quehacer lingüístico al servicio de la comunicación científica, una de las más autorizadas, la del profesor Lapesa, decía en 1972: «[...] No podemos desatender el momento histórico en que vivimos. La sociedad se transforma; la ciencia y la técnica llenan de realidades nuevas el mundo; las formas del vivir cambian a ritmo acelerado. La sacudida alcanza, con intensidad sin precedentes, al lenguaje. De una parte, por la invasión de palabras nuevas, resultado unas veces de la mayor comunicación entre los distintos países y de la uniformación internacional de las formas de vida. Otras veces, como consecuencia de la ampliación del campo de intereses del hombre medio, a quien afectan rápidamente los progresos científicos y técnicos que antes eran sólo materia de especialistas. Es preciso que la Academia esté a la altura de las circunstancias para que la riada no sea inundación destructora, sino fertilización de nuestra lengua y refuerzo de su unidad [...] ». Si de esta manera queda, con autoridad, justificada la atención de la lengua a la erudita innovación de las ideas, según el planteamiento orteguiano «el acto creador responde a una apremiante necesidad de decir». Y, como corolario, el hombre tiene mucho que decir porque tiene mucho que hacer, y dentro de este quehacer, el hombre busca la verdad de la naturaleza en una función inventiva que abarca la creación poética, el decir del pensador y el filósofo para entenderse consigo mismo, y, además, la actitud creadora del científico para expresar un nuevo fenómeno, una nueva propiedad o un nuevo componente del mundo. Y, de esta manera, nuevos fenómenos físicos que afectan a la estructura de la materia de lo infinitamente pequeño o de lo infinitamente grande, nuevos materiales para nuevas finalidades de la técnica o de las aplicaciones sanitarias, nuevos compuestos químicos descubiertos en la naturaleza o fruto de la creación humana, nuevos seres vivos, nuevas enfermedades y nuevas formas terapéuticas y de diagnóstico, etc. Van pasando a tomar parte de esa realidad a la que hay que nombrar. Para Ortega, ese bautismo, el poner el nombre auténtico es oficio del poeta, y la recuperación reflexiva del sentido inmanente al nombre constituye un método privilegiado del filosofar. Así pues, las verdades del mundo y de la vida,

cualquiera que sea su nivel de significación, van a necesitar una innovación semántica en la que van a coincidir el poeta, el pensador y el científico.

Ante la abundante coincidencia de los filósofos de que «la filosofía es idéntica a la investigación de la lengua» —Carnap—, y de que «toda la filosofía es crítica de la lengua» —Wittgenstein—; o de que «toda filosofía es en el fondo filología» —Unamuno—; resulta no menos cierto que la ciencia es, ante todo, un problema lingüístico. La concepción misma de la ciencia y, por ende, la descripción científica, comparte con el lenguaje el meollo de sus problemas. Ya Lavoisier estableció que el progreso de una ciencia y el progreso de su lenguaje son inseparables. No sé si en desacuerdo con esta idea o por falta de penetración conceptual, Faraday se disculpó de la invención de nuevas palabras para nombrar los fenómenos eléctricos y hasta llegó a decir «sospecho que los nombres son una cosa y la ciencia otra». En cualquier caso, no hay ciencia ni método científico sin ideas precisas, ni ideas precisas sin palabras exactas. De este modo, la exactitud de las ciencias de la naturaleza se vincula a la precisión de su lenguaje. Como la sociedad humana, el lenguaje humano es en parte natural y en parte convencional. A estos argumentos se ha referido Rodríguez Adrados de esta manera: «No podemos prescindir de la lengua ni de los lenguajes especiales de ella derivados que han ido desarrollándose [...] El científico y el investigador tienden, quiéranlo o no, a considerar el lenguaje que emplean como un redescubrimiento de la cosa, como una imagen transparente de la misma. No, por supuesto, en la forma ingenua primitiva, sino operando sobre la lengua, modificándola. Ya Platón opinaba que el análisis de la realidad ha de hacerse siguiendo las ideas, no las palabras: lo que, dado que ciertas palabras, usadas de una cierta manera, responden a sus ideas, se traducía en una modificación de la lengua común y una selección dentro de ella. Este es, en definitiva, el origen de los lenguajes científicos y técnico».

La naturaleza, compleja y extensa, de los hechos de la ciencia, su amplitud y difusión, y la inmediatez de sus aplicaciones, obligan a erigir con rapidez y a introducir con pulcritud y precisión los vocablos científicos en la propia lengua. Términos que cada día logran con mayor prontitud el rango de usos de la cultura y alcanzan la comunicación popular de la ciencia. Y no deja de resultar coincidente que la máxima capacidad creadora en el terreno científico actual se corresponda con la fácil tolerancia de la lengua inglesa a la invención de palabras. La variedad de sus orígenes, célticos y germánicos, la pérdida de las inflexiones anglosajonas y su gran capacidad para acoger influencias externas, como las danesas o normandas, las del francés político, del latín eclesial o las de las lenguas más diversas del mundo, portadas por exploradores y comerciantes, han dado al inglés moderno —de profunda construcción nominal— una gran facilidad de adecuación a cualquier circunstancia de la ciencia o de la técnica. La mezcla de raíces de diferentes orígenes o las composiciones lingüísticas irregulares, traducidas en la falta de escrúpulos semánticos o léxicos y en la ausencia de trabas académicas, han hecho de la lengua inglesa el contrapunto a la rígida elaboración de la lengua castellana —de construcción preferentemente verbal—, intolerante frente a toda veleidad lingüística. Yo no sé si la absolución de Andrés Bello cuando decía que adelantamiento prodigioso de todas las ciencias y las artes, la difusión de la cultura intelectual y las revoluciones políticas piden cada día nuevos signos para expresar ideas nuevas, debiera permitir un menor empeño en la perpetuación y la inmovilidad de los fenómenos, frente a la mayor agilidad y soltura de una lengua viva; sobre todo cuando —siguiendo de nuevo a Bello— «la introducción de vocablos flamantes ha dejado ya de ofendernos».

Acerca de las primeras apariciones de los neologismos técnicos, Pedro Carrero ha escrito: «[...] con el paso del tiempo y siguiendo el hilo del progreso y de los descubrimientos, los tecnicismos irán poco

a poco adquiriendo carta de ciudadanía en la realidad del lenguaje, y muchos de ellos no sólo en las páginas de los libros y de los tratados científicos y técnicos, sino en la función oral y escrita de todo tipo de actividades y profesiones. De ahí que, con las tradicionales cautelas, vayan incorporándose también a las páginas del Diccionario académico, heredero del de Autoridades, en sus sucesivas ediciones [...]».

El *Diccionario de Autoridades* (1713-1740) recogió, en efecto, algunos tecnicismos. Sin embargo, ni la ciencia moderna había aún entrado en agujas, ni había nacido la preocupación social por la ciencia y sus efectos, ni tampoco la Academia podía tener la preparación y la homogeneidad suficientes para hacer frente a semejante situación. Por otro lado, la planta misma del Diccionario habla de limitaciones al inventario; y, así, el prólogo del primer volumen anuncia, para cuando se acabe la obra, un diccionario separado con las voces pertenecientes a artes liberales y mecánicas y el del tomo sexto promete la publicación de una suerte de enciclopedia de artes y ciencias. Habrá que tener en cuenta, en su caso, que comenzó el *Diccionario de Autoridades* cuando finalizaba en España la Guerra de Sucesión, y se culminó la obra medio siglo antes de que Lavoisier estableciera los principios de la nomenclatura química (1787) y docenas de años antes de las grandes leyes de la química, las leyes de Dalton, de Avogadro, de Proust, de Gay Lussac y de Richter. Fue en 1781 cuando Coulomb relacionó frotamiento y electricidad. Cavendish llevó a cabo, en 1783, la síntesis del agua, y Leblanc, en 1790, diseñó un proceso de fabricación artificial de la sosa. Situación histórica que ha de tenerse presente para enjuiciar críticamente el contenido terminológico científico no sólo del *Diccionario de Autoridades* sino de las primeras ediciones del *Diccionario de la Lengua Española*. Situación que subraya, nuevamente, la necesidad de la las terminologías especializadas y, en particular, la terminología científica vaya acompañada en todo momento del conocimiento del área de especialización y de su historia.

Reinsistiendo en la filosofía de la planta del *Diccionario de Autoridades*, el prólogo de la edición de 1770 establecía que «que de las voces de ciencias, artes y oficios solo se ponen aquellas que están recibidas en el uso común de la lengua, sin embargo de que la Academia pensó antes ponerlas todas [...] La razón de haber variado consiste en que no es un Diccionario Universal, pues, aunque se propuso hacerlo copioso, y esto se ha procurado, se debe entender de todas las voces que se usan en el trato o comercio común de las gentes, y así no deben entrar en él las de ciencias, artes y oficios que no han salido del uso peculiar de sus profesores». Criterios conservados en la edición de 1780, en la que se incluyeron, por ejemplo: arsénico, azogue, cobre, hierro, oro, plata y plomo; albayalde, litargirio, oropimente y rejalgir; cantárida, coca, cochinilla, opio, pasionaria y quina; azúcar y grasa; billis, cerebelo, hígado, páncreas, riñón, sangre, barómetro, higrómetro, termómetro; cáncer, enfermedad y rabia; alquimia, física, matemática y óptica; ácido, alkali y fermento. Se echa de menos, sin embargo, la presencia de aire, de flogisto o de la misma química. En cualquier caso, comienzan a ser familiares en la realidad de la lengua, a lo largo del siglo XVIII, un buen número de neologismos científicos y técnicos que aparecen en obras especializadas, como el *Compendio mathematico* (1709-1715) de Tomás Vicente Tosca, y el *Diccionario castellano con las voces de ciencias y artes* (1765-1783) de Esteban Terreros y Pando. A lo largo del siglo XIX aparecieron voces tales como geología, fósil, oxígeno e hidrógeno. Y a este propósito, resulta interesante señalar la perpetuación de errores, aún de los graves, antes que intentar modificar —ya sea la ortografía, la prosodia o el léxico mismo— la terminología establecida.

En el discurso de recepción en la RAE, en 1803, del médico Eugenio de la Peña puede leerse: «La pureza y las bellezas de la lengua no son por lo común bienes patrimoniales de los hijos de Esculapio, y las musas no habitan los techos en que se guarece la humanidad enferma». Los lenguajes de las diversas naciones son ricos en voces en aquellas ramas que se han cultivado con preferencia. Resulta con evidencia una verdad triste para nosotros, pero que no debe disimularse: que la lengua castellana necesariamente ha de ser pobre en las diversas ramas de la medicina, de la cirugía, de la física, en una palabra, de las ciencias, que entre nosotros apenas se han cultivado hasta estos últimos tiempos. La escasez de las ideas ha debido resultar por necesidad en la pobreza de las voces facultativas. ¿Cuántos artículos y libros se han escrito con material de primera mano, original, en castellano? Y las traducciones están tan poco cuidadas que lejos de enriquecer la lengua la estropean del modo más despiadado.

Hay mucho que hacer todavía. Hay, sobre todo, que hacer frente a la inundación de voces extranjeras que suministra el universal empuje creador de la ciencia en todo el mundo y que nos llega con su terminología nueva, groseramente barnizada, por lo común, al adaptarse al castellano. El idioma español de hoy, el español de todo el mundo que reza en nuestra nueva Gramática; esta lengua que, hoy, ocupa el segundo lugar por número de hablantes, sólo superada por el chino mandarín, y también segunda como lengua de comunicación internacional, tras el inglés, ha de considerar la preocupación lingüística como parte esencial de su renovado ensueño de progreso.

Volviendo al lenguaje, tal vez sea el «encanto de lo foráneo» el gran distorsionador. Dámaso Alonso llamó la atención, con especial ahínco, sobre los neologismos técnicos. Desde siempre y en todos los planos sociales y en todas las lenguas se han usado, se usan y se usarán palabras que no son del idioma vernáculo. Pero no me refiero a los préstamos sino a la otra cara de la moneda, a los extranjerismos, considerados como vicios del lenguaje al incumplir dos condiciones fundamentales para una absorción sin traumas: que el vocablo responda en su estructura a los parámetros lingüísticos del español, y que sea necesario, es decir, que no tenga voces equivalentes en nuestro idioma. No hay que olvidar, sin embargo, que muchos extranjerismos, una vez acomodada su grafía a la española, acabarán por ser admitidos, porque el uso termina por decir la última palabra en estas cuestiones.

El Boletín de la Asociación Médica de Puerto Rico incluyó en uno de sus números, allá por el año 1977, un artículo titulado *Dígalo en español, or say it in english*. El resumen del trabajo, en español, dice: «Hemos registrado, durante un año, más de un centenar de extranjerismos médicos usados con alta frecuencia en las aulas hispanohablantes de Medicina y anotado sus equivalentes en castellano. Observamos la tendencia del cuerpo médico a no utilizar con la debida corrección el español y el inglés, mezclar ambos idiomas y reemplazar palabras castizas por anglicismos. Traducimos literalmente del inglés al español, pronunciamos mal las dicciones inglesas, utilizamos términos que son en realidad híbridos lingüísticos. El inglés se usa para dar más énfasis a la expresión, tal como si el anglicismo diera a la dicción más capacidad para transmitir ideas. Se usa el inglés también porque se ignora el término técnico hispánico; puede ser indicio de esnobismo por parte del hablante. Concluimos que esta Babel lingüística —como ya denunciaba De la Peña doscientos años atrás— es incomprensible e inoperante, y resulta absurda y ridícula. Sugerimos una actitud consciente y cuidado en el uso del inglés y del español». También Rafael Alvarado se rebeló contra «los horribles anglicismos que provienen, como otros tantos barbarismos, de la pereza mental».

En español no se necesita incurrir en estos desatinos. Nuestro idioma es bien rico léxicamente, y muchos de estos *neologismos imprescindibles* no constituyen más que una muestra de desconocimiento de los términos existentes. En vez de imprescindibles, son en realidad «neologismos por ignorancia». No cabe duda alguna de que el inglés es el idioma internacional de la medicina, pero ello no justifica la contaminación de nuestra lengua con términos extraños. Este fenómeno invasor, claramente rechazable, se está produciendo en el lenguaje científico en general y en la jerga médica en particular. El spanglish gana terreno. Usufructuamos con la lengua, una herencia cultural magnífica y un milenio de tradición escrita. Nuestra responsabilidad es preservar este acervo, hacer que se mantenga la unidad que nos permite entender hombres quienes escribieron sus obras en la misma lengua que usamos día a día. Para cuidarla tal como nos la cuidaron los que desde siglos atrás vienen transmitiéndonosla: Juan Ruiz, Íñigo López de Mendoza, Cervantes, Calderón, Quevedo, Unamuno, Antonio Machado, Aleixandre o Cernuda.

Resulta casi una trivialidad insistir en que ningún otro periodo de la historia puede exhibir un paralelismo con el presente crecimiento exponencial de los resultados y los efectos del adelanto científico-tecnológico. Nuestro actual sistema del mundo está dirigido predominantemente por la tecnología. Las consecuencias de la revolución industrial, a finales del XVIII, cambiaron de modo fundamental la vida y la sociedad de los países industrializados y, de manera gradual, se asimilan por las partes menos desarrolladas del mundo. Además, la llamada sociedad de la información en la que estamos sumergidos está produciendo una transformación aún más profunda. Nos encontramos, efectivamente, en un periodo de profunda transición en el que habrán de tomarse decisiones vitales que actualicen las promesas de beneficio para toda la humanidad. Y a buen seguro que no hay que esforzarse demasiado para palpar la influencia de las ciencias y de la tecnología sobre el clima material e intelectual de nuestra época, incluidas todas las manifestaciones lingüísticas y de la comunicación. Relevancia que puede condensarse en esa expresión de la ciencia como estilo de vida. En efecto, la ciencia y sus aplicaciones han trastocado las formas de vida en el presente siglo, y en cada década los cambios son más notables que en el anterior. Cada día que pasa, los niveles de vida del hombre requieren menos la servidumbre de los demás, hasta hacer cierto ese pensamiento de que Pasteur y Faraday liberaron de la esclavitud a más hombres y mujeres que lo pudieron hacer Isabel la Católica y Abraham Lincoln.

Así, el hombre adulto de hoy conoce que cuando nació acababa de comenzar la aplicación de la penicilina, no se había inventado el transistor y, en geología, ni se hablaba de la tectónica de placas. Los elementos químicos andaban alrededor del centenar, frente a los 117 reconocidos y nombrados en la actualidad, con los múltiples problemas que su bautismo ha originado. Nadie había oído hablar de los púlsares y los cuántares. No existía ninguna de las técnicas hoy tan populares de la imagen médica, al estilo de la ecografía, la resonancia magnética, el TAC (tomografía computarizada) o la angiografía. Los descubrimientos de nuevos materiales han creado los semiconductores, los nanotubos, los nanotubos y los fulerenos. De las ciencias de la computación y de la ingeniería del conocimiento han emergido con una rapidez extraordinaria nuevos lenguajes de programación, las redes neuronales y la inteligencia artificial, que intentan desvelar o imitar, a toda la distancia que se quiera, el funcionamiento del cerebro humano. Muchos recientes conceptos científicos de la biología molecular responden a nuevas acepciones del lenguaje vulgar: expresión, canal, recombinación, traducción, transcripción, transducción, receptor, etc., con un significado totalmente distinto. Las publicaciones de los últimos años en los campos variados de la ciencia y de la técnica están dando

origen a un nuevo lenguaje que contiene unos tres mil términos técnicos adicionales innovados cada año.

El lenguaje y la terminología de la ciencia y de la técnica sirven hoy, además, para empalmar los intereses y los logros de la comunidad científica con aquellos otros que sirven a la sociedad y a la cultura. La terminología de la ciencia ha de servir a la comunicación interna de la ciencia y, a la vez, al conocimiento público de la ciencia y a la promoción de la cultura científica y tecnológica. De un lado, la comunicación interna posibilita el paso fácil a través de los dominios particulares de la ciencia. Paso entre las fronteras disciplinares, que es el mismo que ocurrió en la creación científica cuando los hallazgos del químico Pasteur o el físico Röntgen revolucionaron la medicina; o cuando, actualmente, la biotecnología se beneficia de los vuelos espaciales al conseguir una mejor purificación de proteínas y enzimas en condiciones de ingravidez. Sirve, además, esta multiplicidad de dominios para que el especialista no pierda el contacto con el estándar establecido por otros especialistas, y para que todo su componente terminológico científico y técnico participe en numerosas cuestiones de política pública.

Por otro lado, si desde la revolución científica, hace tres siglos, la repercusión económica y social de la ciencia, y por tanto de su terminología, constituyen un soporte del Estado, a nadie puede extrañar la posición excepcional de la autonomía de la ciencia en el conjunto de la cultura universal. Además, tampoco hace falta excesiva clarividencia para darse cuenta de que la penetración del lenguaje de la ciencia y de la técnica no es sólo un problema lingüístico sino que ocupa un lugar importante en los planteamientos políticos y económicos. De esta manera, a la relevancia de la ciencia y a sus relaciones culturales y sociales se une el valor añadido de que su adquisición y su comunicación pertenecen a esa especie de soberanía compartida que es el idioma común. Soberanía compartida que exige la existencia de los inventarios de voces técnicas y la normalización terminológica de la ciencia en español. De ambas maneras se contribuirá a las previsiones esperanzadoras de Menéndez Pidal frente al fatalismo de las divergencias léxicas sostenido por Cuervo. Posiblemente, esta sociedad de la información en la que nos encontramos inmersos puede favorecer tanto la esperanza como el desesepero. Y todo dependerá de cómo nosotros sepamos utilizar con este fin las modernas comunicaciones y su poderosa terminología.

«La terminología de la ciencia, como tratamiento objetivo de los términos y vocabularios de un área del conocimiento, debe cumplir con los fines generales establecidos, válidos para cualquier lengua. Además, la terminología de la ciencia en español tiene —puntualizaba Ángel Martín Municio— unas exigencias particulares motivadas por la necesaria intelectualización de la lengua que sea capaz de expresar todas las ideas y realidades contemporáneas, en particular en las áreas científicas, técnicas, jurídicas y sociales, económicas fundamentalmente, y de participar y difundirse a través de las nuevas tecnologías de la información; por su participación imprescindible en los tratamientos automatizados del lenguaje; por el número total de sus hablantes y el de naciones miembros de la comunidad lingüística; por la evolución demográfica de los hablantes y de las comunidades científicas de las naciones; por la importancia de su presencia en el contexto internacional y científico en el que se desarrollan las actividades de terminología y de normalización que ponen en juego partidas económicas nada despreciables; y por su consideración como herramienta política en las relaciones internacionales, principalmente con los países de hispanoamérica.

Gregorio Marañón, en 1956, con motivo del II Congreso de Academias de la Lengua Española decía así: «La vida no se divide ya en literaria y técnica. Quiérase o no, somos ya todos técnicos. El poeta más puro o el filósofo que vive en pura abstracción están necesariamente contaminados cada una de las horas del día con las ciencias y con su lenguaje, por la sencilla razón de que todos la necesitan. La ciencia y la técnica tienen la vitalidad y la razón de ser suprema de su necesidad y de que, inexorablemente, lo será más cada día. Y su lenguaje es igualmente inseparable de la vida y, en consecuencia, tiene derecho también al cuidado oficial, es decir, a la misma fijeza y al mismo esplendor de sus vocablos literarios. Sobre esto, sobre la razón de incluir las ciencias en los grandes léxicos, no hay, pues, duda posible dentro de una lógica elemental». Y en otro lugar: «El Diccionario oficial de la lengua española, gloriosa por otros tantos motivos, ostenta como lema uno que me atrevo a calificar de no enteramente oportuno, a pesar de haber alcanzado una popularidad de sentencia, sin duda porque como les ocurre a tantas otras sentencias, proverbios y refranes, y como a los lemas de los antiguos blasones [...] su aceptación y conversión en dogma se ha hecho no a favor del contenido sino a favor de la música, de la eufonía de las palabras. Pero, en realidad, la principal función de los organismos que velan por la corrección del idioma es crear a tiempo la palabra exacta que conviene a los hechos y a las ideas nuevas. Adelantarse, en suma, a la sanción empírica de la calle, la cual tiene más en cuenta el garbo de la palabra que su exactitud».

Y no se trata tan sólo de no desdeñar el impacto intelectual de la ciencia, ni de tener presentes las consecuencias masivas de su utilidad y su aplicación. Se trata, además de valorar la idea humanista de la formación científica en sí misma; y no sólo porque los resultados experimentales trascienden los conceptos del universo y del hombre, sino porque la propia actividad científica exige actitudes de corte humanístico, relativas, por ejemplo, a la filología, la historia, la sociología, e, incluso, a la economía y la política.

En una carta que don Miguel dirigió a Ortega, en 1906, decía: «La ciencia sirve, de un lado, para facilitar la vida con sus aplicaciones y, de otro, de puertas para la sabiduría». A vuelta de correo, don José le preguntaba: «¿Cree usted que se puede llegar a parte alguna por otro camino que el de la ciencia?» Y a esta interrogación afirmativa añadía Ortega, dos años más tarde, en 1908, en otra carta a Unamuno: «El amor a la ciencia, a lo claro, a la ley, nos reúne, nos hermana. Juremos que de hoy en más concluirá el pecado secular español, el horror a la ciencia».

**Pedro García Barreno**

Médico

De la Real Academia Española

De la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales

Madrid, en el día de Pedro Damiano —doctor y reformador— de 2010.